

adoraciones: *Adorate Dominum in decore sancto.* Si porque todo el universo es un Templo grande en que está presente la magestad de Dios: si porque en todas partes ha delineado los rasgos soberanos de su grandeza y su poder, quiere que aun en medio del mundo nos presentemos puros y sin mancha á su vista: si por esta sola razon se miran los pecadores como profanadores de la tierra: ¿Qué virtud, qué pureza será necesaria para ponerse en la presencia del Señor, y adorarlo á los pies de su trono en ese augustísimo Sacramento, en que se halla real y verdaderamente presente con toda la grandeza y con todos los atributos de su magestad? Dios, dice San Pablo, (1) Dios perderá y destruirá á los violadores y profanadores de su Templo, y nosotros mismos somos Templos de Dios. Sí: somos Templos de Dios consagrados en el Bautismo, y tenemos dentro de nosotros mismos un Altar, que es nuestro corazon, en que debemos ofrecer al Señor hostias puras, santas, agradables, y unos holocaustos encendidos en el fuego del amor mas tierno y mas sincero. ¿Y qué sacrificios, qué víctimas, qué adoraciones, que sean agradables á Dios, podrá efrecerle una alma im-

(1) 1. ad Corint. 3. 17.

pura, una alma desfigurada y enorme por el pecado? ¿Cómo podría aceptar el Dios de la santidad, el Dios de la pureza los holocaustos y las víctimas que salgan de un corazon profano, de un corazon abismado en el vicio y sumergido en las heces hediondas de la culpa? ¿Cómo podrá admitir el sacrificio de unos corazones inmundos y corrompidos, como no sea un sacrificio de compuncion, de dolor y de lágrimas, que es el único sacrificio digno y agradable que le puede hacer á Dios una alma desnuda y despojada de la vestidura preciosa de la gracia: *Sacrificium Deo spiritus contribulatus, Cor contritum, & humiliatum Deus non despicias?* (1)

Y finalmente, este lugar santo en que habeis de poner os en la presencia del Señor y tributarle el homenaje de vuestra adoracion y vuestro culto, es el Tabernáculo que ha escogido para habitar entre nosotros y en medio de nosotros: *Ecce Tabernaculum Dei cum hominibus, & habitabit cum eis.* (2) Aquí es en donde ha colocado el Trono de su misericordia y de su gracia, y en donde derrama sus favores y colma de beneficios á quantos lo adoran y piden sus auxilios con una confianza humilde. Aquí es en don-

(2) Psalm. 50. 19. (1) Apocal. 21. 3.

de destruye la muerte del pecado purificando nuestras almas y lavándolas con la sangre del Cordero sin mancha que se ofrece todos los dias por nosotros. Aquí es en donde todo lo hace nuevo, y en donde nos confiere y nos franquea todos los Sacramentos que renuevan nuestro corazon y nuestras almas. ¿Con qué respeto, con qué temor y recogimiento, con qué fervor nos deberemos poner á los pies de ese Tabernáculo? Si una Ester tembló hasta el punto de desfallecer quando se vió en la presencia de Asuero sentado sobre el Trono, (1) ¿podrá ser menor el respeto y el temor con que nos acerquemos nosotros al Trono del Señor? En la vision de Isaias (2) parecen como anonadados los Serafines al ver al Omnipotente sentado sobre el Trono de su magestad y de su gloria. Ellos se cubren el rostro con sus alas, porque no pueden sufrir sus ojos la vista de los brillantes resplandores que lo cercan. ¿Somos por ventura nosotros mas puros, mas dignos de parecer en la presencia del Señor, que lo son los Serafines? ¿Tenemos acaso derecho para tratarlo con mas familiaridad, con mas confianza? ¡Ah! ¿Y qué somos nosotros sino unos gusanos viles de la tierra, que de-

(1) Esther 15. 10. (2) Isai. 6. 2.

bemos humillarnos y anonadarnos en la presencia del Señor? Si para ponernos en la presencia de un Rey de la tierra, que al fin, aunque es imágen del mismo Dios, no es mas que un hombre semejante á nosotros, nos llenamos de temor y respeto, ¿cómo deberemos ponernos en la presencia de un Dios que con solo el imperio de su voz puede reducir en un momento en polvo y en ceniza á todos los Reyes y todos los Tronos de la tierra?

Sí, dulcísimo Dios mio, Vos nos amais y nos dais en ese augustísimo Sacramento unas pruebas las mas claras y mas brillantes de vuestro amor, de un amor el mas puro, el mas tierno y desinteresado. Vos teneis la bondad de habitar con nosotros y en medio de nosotros, renovando en ese gran Sacramento todos los adorables misterios de nuestra redencion. ¡Ah si nosotros correspondieramos á vuestro amor dando el culto y las adoraciones que se os deben, y asistiendo en vuestra presencia con toda la pureza, con todo el temor y respeto que corresponde á vuestra Magestad! Es verdad que la mayor parte de los hombres os vuelve las espaldas, y apenas entra en vuestros Templos sino para profanarlos; pero aun quedan algunos que tie-

nen Fe y amor, que conocen lo que sois en ese admirable Sacramento, y os adoran en él como mereceis ser adorado. Miradlos, Señor, y derramad sobre ellos el abundante raudal de aquellas preciosas bendiciones de que se hace tan indigno el resto de los hombres. Bendecid á los Augustos Monarcas que excitan con su amor y su zelo, el zelo y el amor de sus Vasallos, á que os tributen el homenaje fiel que se os debe con perpetuas adoraciones al pie de vuestro Trono. Bendecid á esta nueva Congregacion y á quantos Individuos la componen, que no aspiran á otra gloria que á la de hacer á vuestros pies un continuo y humilde sacrificio de sí mismos. Conservadlos siempre en estas santas y felices disposiciones. Aumentad su amor, y haced que crezca de dia en dia su fervor y el zelo de vuestro culto en ese inefable Sacramento. Bendecidnos á todos, para que dandoos en la tierra las perpetuas adoraciones y el culto que se debe á vuestra magestad y soberanía, empecemos á gustar desde ahora la suavidad y dulzuras de aquella vida bienaventurada, en que por vuestra misericordia esperamos adoraros eternamente con los Angeles y Santos. Amén.

O. S. C. S. M. E. C. A. R.